

Pregón de Semana Santa Las Torres de Cotillas

D. Salvador Sandoval Martínez



Sábado 16 de Marzo de 2013 a las 19:30h.



CABILDO SUPERIOR
DE COFRADÍAS



Cfrda. de la
Verónica y Cristo
de la Caída



Cfrda. de Ntro.
Padre Jesús
Nazareno



Cfrda. de la
Virgen de
los Dolores



Cfrda. de
San Juan
Evangelista



Cfrda. del
Cristo
Crucificado



Cfrda. del Cristo
Resucitado y
San Pedro



Cfrda. de la
Virgen de
la Piedad



Cfrda. del
Cristo de la
Flagelación



PREGÓN SEMANA SANTA LAS TORRES DE COTILLAS 2013

Sr. Cura Párroco
Sr. Alcalde y demás autoridades
Sr. Presidente del Cabildo Superior de
Cofradías
Amigos todos
Buenas noches.



Como ya dije el día de la presentación del cartel de la Semana Santa, es para mí motivo de gran satisfacción leer el pregón de este año. Quiero reiterar mi agradecimiento al Cabildo Superior de Cofradías por haberme otorgado tan alto honor, a todas luces inmerecido.

Muchos son los recuerdos que me vinculan a esta iglesia. En ella recibí las primeras semillas de la fe y en ella fui creciendo como cristiano. Aquí fui monaguillo con D. Pedro el cura y nazareno de la Cofradía de la Verónica, que ya por entonces dirigía con un entusiasmo y una dedicación admirables Joaquín Ruiz, por quien parece que no pasa el tiempo. El poso de esa vivencia religiosa de la infancia y adolescencia, casi sin darme cuenta, fue conformando en mí una fe que, gracias a Dios, jamás me ha abandonado. Qué cierto es aquello de que uno es el que siembra y otro el que da el crecimiento.

Benedicto XVI, cuando aún era Papa, declaró 2013 como Año de la Fe. Gesto significativo en un mundo donde la fe parece enfriarse a un ritmo alarmante. Hay, incluso, quien piensa que el sentimiento religioso debería reducir su marco de expresión al interior de los templos y al ámbito de la conciencia. Ese debe ser su lugar, se dice, y en él debe estar recluido. La fe, dicen algunos, no tiene cabida en el espacio público. «Dejemos el cielo para los curas y los gorriones», escribió Heine ya en el siglo XIX. Esta expresión tan poética cristaliza hoy en corrientes de opinión y, en ocasiones, en una voluntad nada disimulada de desarraigar a Dios de lo humano y expulsarlo de la

república de los hombres. Es como si la criatura hubiera dicho al Creador: «Dame el mundo y quédate con tu cielo. Para ser feliz y vivir en plenitud, no te necesito a Ti ni tus promesas de vida eterna». Terrible pensamiento.

Por todo esto, las procesiones de Semana Santa son de una importancia irremplazable. Durante ese tiempo, Dios se hace presente en las calles casi de forma tangible. Él es el protagonista. La belleza plástica de las imágenes, el recogimiento de los penitentes, el fervor del pueblo, expresado con toda espontaneidad y sencillez, constituyen un testimonio de fe valiosísimo. Por eso son tan necesarias. Nunca se agradecerá lo suficiente la labor infatigable que año tras año llevan a cabo las diferentes cofradías, con una dedicación acreedora del más alto reconocimiento.

Pero no es mi intención disertar acerca de esas expresiones de religiosidad, que pueden llegar a ser muy profundas. Si se me permite, me gustaría glosar brevemente la Pasión de Cristo inspirándome en los relatos evangélicos, pero incidiendo en determinados aspectos que tocan la entraña misma de la relación del hombre con Dios. Lo ocurrido aquellos días de la Pascua judía no es un vestigio de otro tiempo, un fósil histórico, agua pasada que ya no mueve molino. Ni mucho menos. La Pasión de Cristo ha sido, a lo largo de los siglos, una fuente de inspiración inagotable, y no solo para la música, el arte y la literatura. También dice mucho de lo que hemos sido, de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser.

Pero entremos en materia. San Juan, en el prólogo de su evangelio, afirma que el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Él era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre. El mundo se hizo por medio de Él. Pero cuando vino a su casa, a lo que le pertenecía, los suyos no lo recibieron. La Verdad aparece en el mundo y la mentira de los hombres la clava en una cruz. Y es que estos «amaron más la tiniebla que la Luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal odia la Luz, y no se acerca a la Luz para que sus obras no sean descubiertas».

San Juan pone, desde el principio, el dedo en la llaga. El hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero, a pesar de haber sido revestido de la naturaleza divina, haciendo uso de su libertad, da muerte a Dios y decide protagonizar en solitario su propia historia. De este modo, la imagen, a medida que se aleja de su modelo, va difuminándose hasta convertirse en una especie de caricatura. Despojado de su plenitud y belleza originales, el hombre busca la felicidad en sucedáneos. Pero estos son incapaces de saciar su sed de infinito, pues el corazón humano es como un inmenso joyero hecho a la medida de Dios. Ninguna otra cosa le satisface. San Agustín expresó

esta idea en sus *Confesiones* con una belleza inigualable: «Nos has hecho para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti.» Un teólogo moderno, como haciéndose eco de las palabras del santo obispo de Hipona, escribe con mayor contundencia: «Sin Dios, no hay futuro para el hombre. Más aún, sin Dios no hay hombre.»

El Domingo de Ramos, Jesús, secundado por una comitiva de galileos, entra en Jerusalén. Es el primer acto del drama. La ciudad santa, con motivo de la celebración de la Pascua, la gran fiesta del calendario judío, era un auténtico hervidero de peregrinos venidos de todas partes. Al ver a Jesús, una muchedumbre lo saluda espontáneamente como Hijo de David, como rey de Israel, el Mesías largo tiempo esperado. Y Jesús, que hasta entonces había rehusado que le aplicaran el título de Mesías en público, lo acepta ahora abiertamente. Algunos extienden sus mantos mientras que otros alfombran, con ramas de árboles, el camino por el que pasaba Jesús a lomos de un asno, animal que representaba la mansedumbre, la obediencia y la ausencia de ambición.

Cualquier soldado romano que hubiera contemplado aquella estampa desde la altura de su caballo, lanza en ristre, se habría reído con ganas y habría considerado aquel espectáculo como algo completamente ridículo. Acostumbrado a la pompa con que se recibía en la capital del Imperio a los generales victoriosos, la visión de un rey a la grupa de un asno le hubiera parecido grotesca. Un alucinado con pretensiones reales, otro más de los muchos que pululaban por aquella época. Ningún peligro para Roma.

Sin embargo, a lo lejos, otros espectadores, agrupados en manada como los lobos, parecían olfatear el peligro y contemplaban la escena con gran inquietud. Sumos sacerdotes, escribas y fariseos habían tenido diversos enfrentamientos con Jesús, que se había convertido en un personaje muy incómodo. Las ganas contenidas de apresarle y darle muerte apenas eran ya disimuladas. Les disuadía el temor a la reacción del pueblo, que admiraba a aquel Rabino que había pasado por la tierra haciendo el bien y llenando los corazones de esperanza. Aguardaban la ocasión propicia, espionando cada uno de sus movimientos. Querían encontrar algún resquicio legal que les diera un argumento, por mínimo que fuera, para justificar sus planes deicidas. Con este propósito, permanecían continuamente al acecho.

Jesús lo sabe, porque los conoce a fondo. Pero no se acobarda. Está decidido a pregonar la Verdad de Dios donde haga falta, aunque para ello tuviera que afrontar una muerte atroz. Para eso había venido al mundo, para apurar hasta las heces el amargo cáliz que su Padre le tenía preparado. Su entrada en Jerusalén sobre un borrico no fue, ni mucho menos, un gesto espontáneo, sino perfectamente calculado.

Jesús conocía muy bien la Escritura y se sintió identificado con una profecía que hablaba sobre un rey pacífico que entraba en Jerusalén montado en un borrico. Los escribas y fariseos, teólogos experimentados, estaban familiarizados con esa profecía y comprendieron perfectamente el alcance de la pretensión de Jesús. Y la interpretaron como una provocación.

Según los sinópticos, Jesús subió después al templo. Para destruir el templo. Eso sí, dejaría a las legiones de Tito la tarea de demoler aquel imponente edificio hasta no dejar piedra sobre piedra. Lo que él pretendía derribar eran los valores que representaba el templo. Ya en tiempos de Jeremías, unos seis siglos antes de Cristo, el profeta denunciaba, de parte de Yahvé, que el santuario del Dios vivo se había convertido en una cueva de ladrones. El aspecto que ofrecía en tiempos de Jesús era, si cabe, más deplorable. El dios verdaderamente entronizado en él era el dinero, divinidad suprema de este mundo, y junto a él, la codicia, su principal acólito.

El negocio que la casta sacerdotal había montado en torno al llamado «atrio de los Gentiles» era redondo. Los puestos que gozaban de mayor reputación pertenecían a los hijos de Anás, es decir, a los parientes del Sumo Sacerdote Caifás. En ellos los productos ofrecidos a los peregrinos alcanzaban precios abusivos. Los mercaderes, situados bajo los pórticos o al aire libre, ofrecían todo lo necesario para los sacrificios rituales y estaban obligados a pagar a los sacerdotes el diezmo de los beneficios obtenidos. En las grandes festividades religiosas, la bolsa del templo engordaba considerablemente. Según los historiadores, más de veinte mil sacerdotes vivían holgadamente de aquel mercadeo. Lo tenían todo bien atado. Como para las ofrendas solo se aceptaba moneda hebrea, el siclo, los peregrinos que habían llegado a Jerusalén desde tierras extranjeras se veían obligados a acudir a los puestos de los cambistas, donde se les cobraba un elevado interés. Estos, a su vez, pagaban a los saduceos de la aristocracia sacerdotal un porcentaje de los cientos de miles de siclos que obtenían de beneficio. Bueyes, ovejas, palomas, pájaros vivos. Se vendía toda clase de animales para inmolarlos a Yahvé. Un resto de paganismo en aquel pueblo tan celoso de su religión y que tanto detestaba a los paganos. A todo ello, solo en Jerusalén se podían ofrecer sacrificios válidos. Si tenemos en cuenta que, según datos del historiador judío Flavio Josefo, la ciudad santa podía recibir durante la Pascua la nada despreciable cifra de tres millones de peregrinos, la cuenta sale fácil.

Aparentemente, la ciudad vivía para la fe; pero, en realidad, vivía a costa de ella. Y Jesús se indignó al ver la casa de su Padre convertida en una feria de ganado o, como él mismo dijo, en una cueva de bandidos. En el episodio de la expulsión de los mercaderes, Jesús

muestra, con una vehemencia inusual en él, su más enérgica repulsa contra el ser humano cegado por la ambición, podrido por el afán de lucro y esclavo de lo material. En esta condición, el hombre se convierte en un ser alienado, que ya no se pertenece. Su dueño es el dinero, amo déspota y cruel, asesino del alma: «¿Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» Y allí se presenta Jesús, el príncipe de la pobreza, nacido en un establo, entre los mugidos de un buey, los rebuznos de una mula y el olor desagradable del estiércol. Como escribe Papini, «el pobre feliz y rico que acepta la pobreza, que quiere la pobreza, que se desposa con la pobreza, que canta a la pobreza. El mendigo que da limosna. El desnudo que viste a los desnudos. El hambriento que da de comer. El pobre milagroso y sobrenatural que cambia los falsos ricos en pobres y a tantos pobres en ricos verdaderos». Aquellas manos sagradas que hicieron barro con la saliva para dar la vista a un ciego; aquellas manos puras que tocaron la carne putrefacta de los leprosos; aquellas manos compasivas que abrazaron a Judas, jamás osaron tocar una moneda.

Jesús inauguraba una nueva forma de relación con Dios, desconocida hasta entonces. Si querían, podían destruir aquel magnífico templo hecho por manos humanas. Ahora, el santuario natural de Dios es el cuerpo del hombre, templo del Espíritu Santo. Ahí es donde se le debe dar culto. Pero el hecho de que se haya pasado de un templo de piedra a otro de carne no significa que el espíritu de mercader haya sido expulsado para siempre. El interior del hombre puede convertirse también en una cueva de ladrones, habitada por las más bajas pasiones. El anatema lanzado por Jesús contra la codicia y la ambición sigue vigente.

Entretanto, el sanedrín considera que aquella gota ha colmado el vaso de su paciencia. Jesús les ha tocado el prestigio y el bolsillo. Se había pasado. Sacerdotes, escribas y ancianos se reúnen con urgencia y determinan condenarlo a muerte. Treinta monedas salen del tesoro del templo en busca de un traidor. Y lo encuentran en Judas, uno de los discípulos. Treinta sucias monedas, el precio que, de acuerdo con la ley judía, debía pagar el dueño de un buey que hubiese corneado a un esclavo. El hombre que vendió a su Dios aceptó el precio exigido por un esclavo. La afición de Judas por las monedas venía de lejos. Jesús lo había nombrado tesorero del grupo y, según dice San Juan en su evangelio, el traidor acostumbraba meter la mano en la bolsa. Una tentación demasiado fuerte para una tendencia demasiado humana. El episodio de Judas demuestra lo fácil que resulta en ocasiones comprar conciencias y voluntades. A veces, por muy poco dinero.

Amparados en la oscuridad de la noche, la hora de las tinieblas, una comitiva con Judas al frente parte en dirección al «Huerto de los

olivos». Allí se encontraba Jesús en vela, orando al Padre, mientras sus discípulos dormían. Su naturaleza humana sufría. Declara estar triste hasta la muerte. Las primeras gotas de sangre no se las arrancaron los latigazos de los verdugos romanos, sino su tristeza al comprobar cómo el diablo había ensuciado la obra de Dios hasta volver irreconocible su verdad y su belleza. Esto es lo que dijo Benedicto XVI a los cardenales hace tres semanas, después de su abdicación. Y en ese contexto sus palabras tienen un peso muy especial.

Una vez localizado Jesús, Judas se adelanta a los esbirros que le acompañan y besa al Maestro. Este le llama amigo. Entre insultos, humillaciones y golpes, lo conducen ante Anás, primero, y después ante Caifás, el Sumo Sacerdote. Da comienzo el juicio más inicuo de la historia. Expertos en el judaísmo de la época afirman que el juicio contra Jesús estuvo plagado de irregularidades, de tal forma que la condena a muerte fue un asesinato en toda regla. El Tribunal Supremo de Israel vulneró la ley hasta en veintisiete puntos, una monstruosidad jurídica, aunque uno solo hubiera bastado para declarar nulo el proceso. Estas son algunas de esas irregularidades: se reunieron en sesión nocturna y, además, en tiempo de Pascua, cuando la ley lo prohibía; sobornaron a los testigos, y no para salvar la vida del acusado, sino para darle muerte; el reo no tuvo abogado defensor; se le abofeteó en presencia de los jueces; el juez principal se convirtió en fiscal; no se votó el veredicto. En la sesión de la mañana, se reunieron al alba, cuando estaba prohibido convocar al sanedrín antes de ofrecer el sacrificio matinal. Para colmo, como ellos no tenían potestad para ejecutar al condenado, lo remiten al gobernador romano, cuya autoridad no reconocen, y ante este, cambian la acusación en función de su interés.

Jesús se declaró Hijo de Dios delante de Caifás, quien tomó su confesión como una blasfemia. ¿Quién se creía aquel galileo para declararse Hijo del Altísimo? Al oír aquello, el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras, un gesto patético que dejó al descubierto el pecho de un hipócrita. La decisión estaba tomada: «Reo es de muerte».

Poncio Pilato representaba el brazo político y militar del Imperio en una provincia muy complicada. Su cometido era mantener el orden, cobrar los tributos, impartir justicia en temas políticos y no inmiscuirse en asuntos religiosos. El sanedrín y la turbamulta que lo escoltaba, con Jesús maniatado, llegan al pretorio, pero no entran. Si entraban en casa de un pagano, temían contaminarse y no poder comer los panes ázimos de la Pascua. En su ceguera, creen que la levadura mancha, pero la sangre de un inocente no. Ante Pilato, los sanedritas callan el delito de blasfemia y lo cambian por el de incitación a la rebelión contra la autoridad de Roma.

Aquellos profesionales de la mentira acusan a Jesús de provocar un motín político al autoproclamarse rey e instigar a los judíos a no pagar impuestos. El procurador romano pregunta a Jesús si era rey. Este responde: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.» El comentario final de Pilato, en forma de pregunta retórica, «¿Qué es la verdad?», lo convierte en un hombre moderno, de nuestros días; un hombre pragmático, preocupado únicamente de servir a quien le paga. Una mentalidad relativista convencida de que la verdad solo se mide en función de su eficacia. Para él, la verdad de que hablaba Jesús existía únicamente en la cabeza de los filósofos, los poetas y los locos. Sin embargo, la tenía delante de él, en carne tan humana como la suya, cubierta de harapos, maniatada, escupida, golpeada, humillada, ridiculizada. Ese es el rostro auténtico de la Verdad, ayer y hoy. La Verdad que merece ser adorada y servida, aún clavada en una cruz. Las demás verdades no son más que una forma de idolatría.

Pilato tenía buena voluntad, pero su temor y sus dudas eran mayores. Sabía que Cristo era inocente. Su mujer, Prócula, había tenido una revelación durante un sueño e intercede por el reo. El procurador intenta negociar. Siguiendo la costumbre, liberará a un preso por la fiesta de Pascua. En esta ocasión les da a elegir entre Jesús y Barrabás, un nacionalista exaltado que, en un motín contra los romanos, había cometido un homicidio. Pilato lo había elegido con toda intención, creyendo que el pueblo preferiría a Jesús antes que a un criminal. Se equivocó. San Juan Crisóstomo definió con fina ironía la elección de Barrabás: «Los ladrones pidieron al ladrón; prefirieron un homicida al Autor de la vida.» Así fue: prefirieron el lobo al cordero, el culpable al inocente. Los sumos sacerdotes y los ancianos, maestros en el arte de la manipulación, se habían encargado de convencer a la gente para que pidiera la liberación de Barrabás y la crucifixión de Jesús. Seguramente, muchos de los que lo habían saludado como Mesías el Domingo de Ramos, haciéndole una reverencia a su paso, ahora gritaban con rabia inusitada que le crucificaran.

Al gobernador romano se le agotaban los recursos. Se le ocurrió que, si lo castigaba severamente hasta dejarlo medio muerto, aquellos fanáticos dejarían de pedir su muerte. Así que lo entregó a sus legionarios para que hicieran con él lo que mejor sabían hacer. El castigo fue horrible. Los instrumentos de tortura eran látigos fabricados con pequeñas cadenas de hierro terminadas en bolas de metal o en ganchos; o bien tiras de cuero con huesecillos incrustados por todas partes. No hace falta explicar el horror que provocaban en la carne. Después del castigo, los verdugos presentaron ante Pilato a un rey

coronado de espinas. Lo habían dejado hecho un guiñapo sanguinolento. Cuando lo vean en tal estado, pensó el procurador aliviado, sentirán pena y su odio se enfriará. Volvía a equivocarse. El olor de la sangre enfureció aún más a la plebe. «¡Crucificalo!», gritan con más rabia que antes. «Este hombre es inocente», insiste Pilato. Pero la astucia sibilina de sumos sacerdotes y ancianos le asestó el golpe definitivo: «Si no ejecutas a ese, que se hace rey, te conviertes en enemigo del César». Le estaban insinuando que, si dejaba libre a Jesús, lo acusarían de delito de alta traición. Y eso Roma lo castigaba con la muerte. Pilato había empezado a vislumbrar que en aquel judío había algo de divino. Pero el César era también un dios, un dios temible. Al fin, lo entregó para que lo crucificaran.

Desde el pretorio arranca el *via crucis* de Jesús camino del Calvario, cargado con la cruz y una tabla colgada del cuello con la causa de la condena inscrita.

En el decurso de la pasión, las mujeres muestran con Jesús la compasión que los hombres le niegan. Pilato lo condena a muerte, mientras su mujer intercede por su vida; los discípulos le abandonan, pero un grupo de mujeres le sigue hasta el pie de la cruz; Judas le vende, pero María Magdalena derrama un frasco de perfume sobre su cabeza; mientras los sanedritas exigen su sangre, las hijas de Jerusalén derraman lágrimas de compasión a su paso por la Vía Dolorosa; cuando muchos le escupen e insultan camino del Gólgota, la Verónica limpia con su pañuelo la sangre de su divino rostro y los salivazos con que tantas bocas le mostraron su desprecio.

A los ojos de sus enemigos, Cristo crucificado ofrecía la viva imagen del antihéroe. Se había declarado Hijo de Dios y era incapaz de bajarse de la cruz. La estampa más elocuente de la impotencia. La burla, el escarnio y el odio vomitados por aquellos sacrílegos al pie de la cruz no cesaron ni ante la atrocidad de tamaño sufrimiento. A fin de cuentas, ¿acaso Jesús no era más que un fracasado que ni siquiera merecía el respeto y la compasión debida al que está en estertores de muerte?

Los miembros del sanedrín y sus corifeos estaban satisfechos. Habían hecho un buen trabajo. Solo la naturaleza parecía gemir por su Creador como queriendo poner fin a aquella abominación: en pleno día, la noche extendió su velo sobre toda la región, la tierra tembló y las rocas se resquebrajaron. Muchos, atemorizados, se marcharon a la ciudad dándose golpes de pecho.

Jesús murió solo, abandonado por todos. Hasta por su Padre. Su sufrimiento había sido infinito, porque había amado infinitamente, hasta el punto de perdonar a sus verdugos y, con ellos, a la Humanidad entera. Al exhalar el espíritu, el crucificado emitió un potente grito con

el que parecía llamar a la muerte, que no se atrevía a acercarse. El velo del templo se rasgó de arriba abajo, significando con ello el fin de una religión ritualista que había endurecido el corazón del pueblo judío. Más de veinte siglos han pasado desde aquel grito desgarrador y los hombres han convertido la vida en un tumulto ensordecedor para ahogarlo e impedir que rasgue el velo de sus conciencias.

En apariencia, todo había terminado. Solo quedaba enterrar el cuerpo y volver a la normalidad. Pero, al tercer día, María Magdalena y las otras mujeres sobresaltaron a los discípulos, escondidos por miedo a los judíos. La tumba estaba vacía y el Rabí se había aparecido a algunas mujeres. La primera que lo vio fue María, su Madre. Es una tradición antiquísima en la Iglesia que Jesús resucitado visitó a su Madre antes que a los demás, pues Ella le amó más y sufrió más por su muerte. La Iglesia Romana así parece reconocerlo al hacer ese día estación en Santa María la Mayor. Es cierto que Jesús podía haberse aparecido en mitad del templo, con su cuerpo ya revestido de gloria, para demostrar a todos, especialmente a sus enemigos, que Él era quien decía ser. Pero a Dios no le gustan los fuegos de artificio. Prefiere modos de manifestación más humildes: la dulzura de la brisa, la sencilla candidez de una paloma o la fragilidad de la carne humana. Realmente, Dios ha hecho todos los actos posibles de humildad. El último de ellos, convertir el hedor de la raza de los hombres en perfume agradable a Dios. Nuestra deuda con Él es impagable. Gracias por vuestra paciencia.